

no era empresa fácil, especialmente por haberse casado Alejandro en Siberia; pero al fin, todo se arregló, y en los comienzos del 67 estábamos en camino para San Petersburgo.

PARTE CUARTA.

SAN PETERSBURGO.

I.

A principios de otoño del 67, mi hermano, con su familia y yo, nos hallábamos establecidos en San Petersburgo. Entré en la Universidad, y me senté en los bancos entre jóvenes, casi niños, de mucho menos edad que yo. Lo que tanto había anhelado durante los últimos cinco años, se había cumplido: podía estudiar; y en conformidad con la idea de que un conocimiento completo de las matemáticas es la única base sólida para todo estudio posterior, ingresé en la Facultad físico-matemática, en su sección dedicada á esta última. Mi hermano entró en la Academia militar de Jurisprudencia, en tanto que yo abandoné por completo la milicia, con gran disgusto de mi padre, á quien le repugnaba hasta la vista misma de un traje de paisano. Ahora, los dos no podíamos contar más que con nuestros propios recursos.

El estudio en la Universidad y un trabajo científico absorbieron todo mi tiempo durante los cinco años posteriores. Un estudiante de la Facultad matemática tiene, por supuesto, mucho que hacer; pero mis estudios previos en el cálculo integral, me permitieron dedicar una parte de mi tiempo á la geografía, y, además, no había perdido en Siberia el hábito de trabajar con fe.

La Memoria de mi última expedición estaba en prensa, presentándose al mismo tiempo un vasto problema ante mis ojos. Los viajes que había hecho por Siberia me habían convencido de que las montañas que en aquella época figuraban en los mapas del Norte de Asia eran fantásticas en su mayoría, y no daban ni remota idea de la estructura del país. Las grandes mesetas, que son un rasgo tan característico de Asia, no habían sido ni aun sospechadas por los que trazaron los mapas. En su lugar, varias grandes cordilleras, tales como, por ejemplo, la parte oriental de la de Slanovoi, que aparecía en los mapas como una oruga negra, trepando hacia el Este, ha sido engendrada en los centros topográficos, contrario á las indicaciones y hasta á los planos de exploradores, tales como L. Schwartz. Esas cordilleras no existen en la naturaleza. Los nacimientos de los ríos que corren hacia el Océano Artico de una parte y al Pacífico de otra, se hallan entrelazados en la superficie de una gran meseta, teniendo su origen en los pantanos mismos; pero en la imaginación del topógrafo europeo, las más altas cordilleras de montañas deben ir asociadas á las fuentes de los grandes ríos, y allí ha dibujado él unos elevados alpes, de los que no hay ni aun

vestigios en la realidad. Muchas imaginarias montañas como esas, interceptaban el mapa del Norte de Asia en todas direcciones.

El descubrir los verdaderos principios fundamentales en la disposición de las montañas de Asia — la armonía de la formación montañosa — vino á ser ahora una cuestión que absorbió mi atención algunos años. Durante bastante tiempo los antiguos mapas, y más todavía las generalizaciones de Alejandro von Humboldt, quien, después de un largo estudio de los ríos chinos, había cubierto el Asia de una red de montañas, corriendo á lo largo de los meridianos y paralelos, me embazaron en mis investigaciones, hasta que al fin vi que aun las generalizaciones de este autor, á pesar de haberme servido de gran estímulo, no estaban de acuerdo con los hechos.

Empezando, pues, por el principio, en una forma puramente inductiva, recolecté todas las observaciones barométricas de viajeros anteriores, y de ellas calculé centenares de altitudes; marqué en un mapa de grande escala todas aquéllas, tanto geológicas como físicas, que habían sido realizadas por diferentes exploradores; los hechos, no las hipótesis; procurando averiguar qué líneas de estructura responderían mejor á las realidades observadas. Este trabajo preparatorio me ocupó más de dos años, seguidos de meses de profundas meditaciones, á fin de descubrir lo que el confuso caos de diseminadas observaciones quería decir; hasta que un día, repentinamente, todo se me hizo claro y comprensible, como si hubiera sido iluminado por una ráfaga de luz. Las principales líneas de estructura de Asia no se hallan dirigidas de Norte á Sur, ó de Occidente á Oriente, sino que vienen de Sudeste al Noroeste; así como en las montañas Rocosas y las mesetas americanas, aquéllas del Noroeste al Sudeste, encontrándose sólo algunas cordilleras secundarias colocadas en opuesta dirección. Además, las montañas de Asia no son un conjunto de independientes cordilleras, como los Alpes, sino que se hallan subordinadas á una meseta inmensa, un viejo continente que en otro tiempo se dirigía hacia el estrecho de Bhering. Altas cordilleras laterales se han elevado á sus costados, y en el transcurso de los siglos nuevos terrenos, formados de sedimentos posteriores, han emergido del mar, aumentando por ambos lados la anchura de ese primitivo espinazo de Asia.

Pocos placeres hay en la vida humana que igualen al producido por la aparición repentina de una generalización que ilumina el entendimiento, después de un largo período de paciente investigación. Lo que durante años se presentaba muy caótico, muy contradictorio y muy problemático, toma de pronto su posición propia dentro de un todo armónico. Del seno de una confusión enorme de hechos y tras las sombras formadas por una multitud de conjeturas — desvanecidas casi al mismo tiempo que creadas — un majestuoso cuadro hace su aparición, como la cadena de montañas alpinas emerge súbitamente en todo su esplendor de la niebla que momentos antes la ocultaba, brillando bajo los rayos del sol en toda su sencillez y variedad, en toda su grandeza y hermosura. Y cuando la generalización se pone á prueba, aplicándola á centenares de hechos separados, que un momento antes habían parecido ser en extremo contradictorios, cada uno de ellos asume la posición que le conviene, aumentando lo impresivo del cuadro, acentuando

tuando algunos contornos generales ó agregando un inesperado detalle lleno de significación: aquélla gana en fuerza y en extensión; sus fundamentos crecen en amplitud y solidez; mientras que á lo lejos, á través de las distantes gasas que flotan sobre el horizonte, la vista descubre las siluetas de nuevas y más dilatadas generalizaciones.

El que durante su vida haya experimentado una vez este placer de creación científica, no lo olvidará jamás; suspirará por renovarlo, y no podrá por menos de ver con tristeza que esta clase de goces está reservada á tan pocos, cuando tantos pudieran disfrutar de ella — en mayor ó menor escala —, tan sólo con que los conocimientos científicos y el poder disponer del tiempo necesario no fuera el patrimonio de una insignificante minoría.

Considero esta obra como mi principal trabajo científico: mi primera intención fué escribir un gran volumen, en el que las nuevas ideas sobre las montañas y mesetas del Norte de Asia fueran robustecidas por un examen detallado de cada separada región; pero, en 1873, cuando comprendí que me prenderían pronto, me limité sólo á preparar un mapa que manifestara mis ideas, escribiendo al mismo tiempo una Memoria como explicación. Ambos fueron publicados por la Sociedad Geográfica, bajo la inspección de mi hermano, cuando ya yo estaba en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Peterman, quien entonces preparaba un mapa de Asia y conocía mi trabajo preliminar, adaptó mis indicaciones, incluyéndolas en él, las cuales han sido después aceptadas por la mayoría de los cartógrafos. El mapa de Asia, tal como ahora se comprende, explica, según creo, los principales aspectos físicos del gran continente, así como la distribución de sus climas, faunas y floras, y aun su historia misma. Revelando también, como pude ver durante mi último viaje á América, notables analogías entre la estructura y crecimiento geológico de los dos continentes del hemisferio Norte. Muy pocos cartógrafos podrían ahora decir de dónde proceden estos cambios en el mapa de Asia; pero en ciencia es mejor que las nuevas ideas se hagan camino independientemente del nombre de su enunciador: así, los errores, que son inevitables en toda primera generalización, se rectifican con más facilidad.

II.

Al mismo tiempo yo trabajaba mucho para la Sociedad Geográfica rusa, como secretario de su sección de geografía física.

Gran interés despertaban entonces la exploración del Turquestan y del Pamirs: de allí acababa de volver Synertroff, después de varios años de viajes. Gran zoólogo, geógrafo distinguido, y uno de los hombres más inteligentes que jamás he conocido; él, como otros muchos rusos, no era aficionado á escribir. Después de hacer una comunicación oral en una asamblea de la Sociedad, no había medio de inducirle á escribir ni una palabra más, fuera de la revisión de su discurso; así que, todo lo que se ha publicado bajo su firma no basta, ni con mucho, para hacer justicia al verdadero valor de las observaciones y generalizaciones hechas por él. Esta repugnancia á escribir los resultados del estudio y la observación es, desgraciadamente, cosa común en Rusia. Lo que le oí

respecto á la orografía del Turquestan, á la distribución geográfica de plantas y animales, al papel que representan los híbridos en la producción de nuevas especies de aves, y á otras cosas de igual interés, y sus observaciones sobre la importancia del apoyo mutuo en el desarrollo progresivo de las especies, que he visto como incidentalmente mencionadas en un par de renglones, al dar cuenta de una conferencia suya, dan suficiente muestra de un talento y originalidad poco corrientes; pero no poseía la exuberante fuerza de exposición en una forma hermosa y apropiada, que hubiera podido hacer de él uno de los hombres de ciencia más preeminentes de nuestra época.

Miklukho-Maklay, muy conocido en Australia, que hacia el fin de sus días vino á ser su país adoptivo, pertenecía á la misma clase de hombres; á la de aquellos que han escrito mucho menos de lo que hubieran podido escribir. Era un hombre pequeño y nervioso sufriendo siempre de malaria, y acababa de volver del mar Rojo cuando lo conocí. Partidario de Haeckel, había trabajado mucho sobre los invertebrados marinos en sus regiones naturales. Más adelante, la Sociedad Geográfica logró conseguir que pudiera ir en un buque de guerra á una parte desconocida de la Nueva Guinea, donde deseaba estudiar á los salvajes más primitivos. Acompañado tan sólo de un marinero, lo dejaron en esa playa agreste, cuyos habitantes tenían la reputación de ser canibales terribles. Se construyó una choza para los dos Robinsones, quienes vivieron año y medio ó más, cerca de una aldea de indígenas, teniendo con los mismos cordiales relaciones. El conducirse siempre con ellos de un modo recto y formal, no engañándolos nunca, ni aun en lo más mínimo, aun cuando pudiera ser con el mejor de los propósitos, fué la base de su línea de conducta, de la cual jamás se apartaba. Cuando posteriormente viajaba por el archipiélago Malayo, llevaba en su compañía un indígena que había entrado á su servicio bajo la expresa condición de no ser nunca fotografiado; pues los naturales del país, como todos saben, consideran que algo se les quita cuando se les hace un retrato fotográfico. Un día que el indígena dormía profundamente, Maklay, que estaba recolectando material antropológico, confesó que estuvo tentado de fotografiarlo, con tanto más motivo, cuanto que era un representante típico de su tribu, y jamás hubiera llegado á saberlo; pero, recordó su promesa, y se contuvo. Al dejar á Nueva Guinea, los indígenas le hicieron que prometiera volver; y algunos años después, á pesar de estar bastante enfermo, cumplió su palabra y volvió. Y, sin embargo, este hombre tan notable sólo ha publicado una parte infinitesimal de las observaciones verdaderamente importantes que hizo.

Fedchenko, que había hecho extensas observaciones zoológicas en Turquestan — en compañía de su esposa Olga, que era naturalista también —, fué, según acostumbrábamos á decir, un « europeo occidental ». Trabajó con empeño para dar á luz en adecuada forma los resultados obtenidos; pero, desgraciadamente, perdió la vida al subir á una montaña en Suiza; rebotando ardor juvenil, después de sus viajes por las sierras del Turquestan, y lleno de confianza en sus facultades, emprendió una ascensión sin guías competentes, y fué víctima de una tempestad de nieve. Por fortuna, su viuda completó la publicación de sus *Viajes* y creo que un hijo de ambos continúa la obra de sus padres.

También conocí mucho de lo realizado por Prjevalsky, ó mejor dicho Przewalski, que es como debe escribirse su nombre polaco, á pesar de que á él, por su parte, le gustaba aparecer como « patriota ruso »: era un cazador apasionado, y el entusiasmo con que hizo sus exploraciones en el Asia central fué debido, tanto á su deseo de cazar reses de todas clases, como gamos, camellos y caballos salvajes, y otros animales por el estilo, como á su interés por descubrir tierras nuevas y de difícil acceso. Al verse obligado á hablar de sus descubrimientos, no tardaba en interrumpir su modesta descripción con una entusiasta exclamación: « ¡Pero cuántas reses había allí! ¡Qué cacería! » Contando con vehemencia de qué modo se encaramó á tal ó cual altura para tener á tiro un caballo salvaje. No bien se hallaba de vuelta en San Petersburgo, cuando ya estaba proyectando una nueva expedición; procurando, mientras tanto, reunir todos sus recursos y emplearlos en jugadas de Bolsa, á fin de aumentarlos para dicho objeto. Era el verdadero tipo del explorador, por su robusta naturaleza y sus condiciones para poder hacer durante largo tiempo la ruda vida del cazador de la montaña: tal existencia era placentera para él; en su primera excursión sólo le acompañaron tres amigos, y siempre se mantuvo en excelentes relaciones con los naturales; sin embargo, como las posteriores tomaron algo de carácter militar, empezó desgraciadamente á confiar más en la fuerza de su escolta armada, que en las relaciones pacíficas con los habitantes del país; y oí decir, en círculos bien informados que, aunque no hubiera muerto en el momento mismo de ponerse en marcha su expedición al Tibet — tan admirable y pacíficamente llevada á cabo después por sus compañeros Pyentroff, Robarausky y Kozloff —, es muy probable que no hubiese vuelto de ella vivo.

En aquel tiempo existía una considerable actividad en la Sociedad Geográfica, siendo muchas las cuestiones científicas en que nuestra sección, y en su consecuencia su secretario, estaban vivamente interesados: en su mayoría eran demasiado técnicas para hacer de ellas aquí mención; pero necesito aludir al deseo que se despertó favorable á los establecimientos rusos en las costas, las pesquerías y el comercio en la parte rusa del Océano Artico, en esos años. Un comerciante y minero de oro, siberiano, llamado Sidoroff, contribuyó con sus esfuerzos á que se consiguiera tal resultado; pues había previsto que, con una pequeña ayuda en forma de escuelas navales, la exploración del mar Blanco y otras del mismo género, así como las pesquerías y la navegación rusa, hubieran podido adquirir un considerable desarrollo. Pero como hasta hace poco, desgraciadamente, necesitaba para realizarse pasar por San Petersburgo, y como los altos gobernantes de esa ciudad cortesana, burocrática, literaria, artística y cosmopolita no era posible que se interesaran por nada provincial, el pobre Sidoroff únicamente consiguió ser ridiculizado. Sólo del exterior podía venir el impulso que llamara la atención de la Sociedad de Geografía rusa hacia el extremo Norte del país.

En los años de 1869-71, los intrépidos cazadores de focas noruegos abrieron de un modo completamente inesperado el mar de Kara á la navegación. Con extraordinaria sorpresa nos enteramos un día en la Sociedad que aquel mar, situado entre la isla de Nóvaya Zemlyá y la costa siberiana, y que confiadamente acostumbábamos á describir

en nuestras Memorias como « permanentemente helado », había sido recorrido en todas direcciones por varias goletas noruegas: hasta el sitio invernal del famoso holandés Barentz, que creíamos oculto para siempre á la vista del hombre, por campos de hielo de centenares de años de existencia, fué visitado por esos aventureros del Norte.

« Estaciones excepcionales y también un estado anormal del hielo », fué lo que dijeron nuestros viejos navegantes; pero, por lo menos, para algunos de nosotros resultaba evidente que, con sus pequeñas goletas y reducidas tripulaciones, los bravos cazadores noruegos que se hallan familiarizados con los hielos, se habían atrevido á romper el flotante, que generalmente cierra el paso para aquel mar; en tanto que, los comandantes de los buques de guerra, contenidos ante la responsabilidad del servicio naval, jamás se han arriesgado á hacer otro tanto.

Estos descubrimientos despertaron un general interés en las exploraciones árticas: puede decirse con razón que fueron los cazadores referidos los que abrieron la nueva era de entusiasmo ártico, que dió por resultado la circumnavegación de Asia por Nordenskjöld, el reconocimiento permanente de un paso Nordeste para Siberia, el descubrimiento del Norte de Greenlandia, efectuado por Peary, y la expedición del Fram, hecha por Nansen. También nuestra Sociedad Geográfica empezó á dar señales de vida, nombrándose una comisión que preparara el proyecto de una expedición ártica rusa é indicase el trabajo científico que pudiera realizar. Los especialistas tomaron á su cargo el escribir cada uno un capítulo científico de esta Memoria; pero, como sucede con frecuencia, sólo algunos sobre botánica, geología y meteorología, estuvieron listos á su tiempo; y el secretario de la comisión — esto es, yo mismo —, tuvo que escribir lo restante. Varios asuntos, tales como la zoología marina, las mareas, observaciones del péndulo y el magnetismo terrestre, eran completamente nuevos para mí; pero la cantidad de trabajo que un hombre, en buen estado de salud, puede ejecutar en poco tiempo, si dedica á él todas sus energías y va derecho á la raíz de la cuestión, no es posible calcularlo de antemano, y de este modo, la Memoria se concluyó á tiempo.

Ella terminaba recomendando una gran expedición ártica, que despertara en Rusia un interés constante en todo lo referente á dichas regiones; y al mismo tiempo que se efectuara, como preliminar, otra en una goleta fletada en Noruega, que hiciera un reconocimiento al Norte ó Nordeste de Nóvaya Zemlyá, la cual pudiera, según indicamos, intentar llegar, ó al menos ver, una tierra desconocida, que no debía estar situada á gran distancia de la isla indicada. La probable existencia, de la cual había sido indicada por un oficial de la armada rusa, el barón Schilling, en un excelente, pero poco conocido informe sobre las corrientes en el Océano Artico. Cuando leí este trabajo, así como el viaje de Sutke á Nóvaya Zemlyá, y me hice cargo de las condiciones generales de esta parte del mar referido, vi desde luego que la suposición tenía que ser fundada. Debe haber tierra al Nordeste de Nóvaya Zemlyá, y ha de alcanzar una latitud más alta que la de Spitzberg: la posición fija del hielo al Oeste de la primera, el fango y las piedras que en él se encuentran, y otras varias y pequeñas indicaciones, confirmaban la hipótesis. Además, si esa tierra no se hallara allí, la corriente de hielo

que se dirige al Oeste desde el meridiano del estrecho de Behring á Greenlandia (corriente que arrastró al Fram) llegaría, como con razón ha observado dicho barón, á alcanzar el cabo Norte, cubriendo las costas de Laponia con masas de hielo, del mismo modo que lo hace con la extremidad Norte de Greenlandia. Dicha corriente, templada solamente — débil continuación del *Gulf Stream* —, no podía haber impedido la acumulación de hielo en la costa Norte de Europa. Esta tierra, como se sabe, fué descubierta un par de años más tarde por la expedición austriaca, y recibió el nombre de Tierra de Francisco José.

La Memoria ártica tuvo para mí un resultado completamente imprevisto; se me ofreció la dirección de la expedición de reconocimiento, á bordo de una goleta noruega fletada con tal objeto; á lo que contesté, como es natural, que no había navegado por mar nunca; pero me replicaron que combinando la experiencia de un marino con la iniciativa de un hombre de ciencia, podría hacerse algo de provecho; y yo hubiera aceptado, á no haber opuesto su veto, al llegar aquí, el ministro de Hacienda, contestando que el Tesoro no podía conceder los setenta y cinco ó cien mil francos que se necesitaban para la expedición. Desde aquella época Rusia no ha tomado parte en las exploraciones de los mares árticos. La tierra que distinguíamos á través de las brumas subpolares fué reconocida por Payer y Weyprecht, y los archipiélagos que deben existir al Nordeste de Nóvaya Zemlyá — de lo que estoy ahora más firmemente persuadido que entonces —, están aún por descubrir.

* * *

En lugar de unirme á una expedición ártica, fui enviado por la Sociedad Geográfica á hacer un modesto viaje á Finlandia y Suecia, para explorar los depósitos glaciares; el cual me arrastró por otra dirección completamente distinta.

La Academia de Ciencias rusa enviaba aquel verano dos de sus miembros — el antiguo geólogo, general Helmersen, y Frederick Schmidt, el incansable explorador de Siberia — á estudiar la estructura de esas largas cordilleras de montes, conocidas con el nombre de *asar* en Suecia y Finlandia, y con los de *eskers*, *kames* y otros en las islas Británicas. La Sociedad Geográfica me mandó á Finlandia con igual objeto: los tres visitamos la hermosa cordillera de Pungahárju, separándonos después. Trabajé bastante durante el verano: viajé mucho por la Finlandia, pasando luego á Suecia, donde vi correr felices horas en la agradable compañía de A. Nordenskjöld. Ya entonces — 1871 — me refirió su proyecto para llegar á las desembocaduras de los ríos siberianos, y aun al estrecho de Behring, por la vía del Norte. De vuelta en Finlandia, continué mis investigaciones hasta bien entrado el otoño, y recolecté bastante cantidad de observaciones muy interesantes relativas á la glaciación del país: pero también pensé mucho durante este viaje sobre las cuestiones sociales; y estos pensamientos ejercieron una influencia decisiva en mi desarrollo posterior.

Materiales de importancia de todas clases, relativos á la geografía de Rusia, pasaron por mi mano en la Sociedad Geográfica, lo que me sugirió gradualmente la idea de escribir una extensa geografía física

de esa inmensa parte del mundo. Mi intención era el dar una completa descripción geográfica del país, basándola sobre las ideas principales de la estructura superficial, que empecé á desenvolver en la parte correspondiente á la Rusia europea, bosquejando en aquel trabajo las diferentes formas de vida económica que debían prevalecer en cada región respectiva. Tómese por ejemplo las dilatadas praderas de la Rusia del Sur, tan frecuentemente afligida por la falta de lluvias y pérdida de las cosechas. Estas calamidades no deben ser consideradas como accidentales; ellas son un rasgo natural tan distintivo de esa región, como su posición en una vertiente Sur, su fertilidad y demás aspectos característicos; y toda la vida económica de esas praderas necesitaría organizarse en previsión de las inevitables repeticiones de tan periódicos males. Cada región del imperio ruso debería ser objeto de igual tratamiento científico, así como Karl Ritter lo ha hecho con partes de Asia en sus hermosas monografías.

Pero un trabajo semejante hubiera requerido abundancia de tiempo y libertad completa por parte del autor; pensando con frecuencia cuánto hubiera podido ayudarme en tal empresa el ser nombrado secretario de la Sociedad Geográfica. Y en el otoño del 71, hallándome ocupado en Finlandia, caminando lentamente á pie hacia la costa, á lo largo del ferrocarril recientemente construido, observando atentamente los parajes donde primero debieron aparecer las muestras inequívocas de la primitiva extensión del mar, que siguió al período glaciario, recibí un telegrama de la susodicha corporación, en el que se me decía: «El consejo os ruega aceptéis el cargo de Secretario de la Sociedad». Al mismo tiempo, el secretario saliente me suplicaba encarecidamente que prestara buena acogida á la proposición.

Se habían realizado mis esperanzas; pero, al mismo tiempo, otras ideas y otras aspiraciones habían invadido mi pensamiento: después de meditar detenidamente sobre lo que debería contestar, telegrafí: «Gracias encarecidas; pero no puedo aceptar».

III.

Ocurre con frecuencia que los hombres se ven envueltos en dificultades políticas, sociales ó familiares, sencillamente por no haber tenido nunca tiempo para preguntarse si la posición en que se encuentran y el trabajo que realizan están en armonía con la razón; si sus ocupaciones responden verdaderamente á sus inclinaciones y capacidades, dándoles las satisfacciones que todos tienen derecho á esperar de su trabajo. Los que están dotados de actividad se hallan más expuestos que otros á encontrarse en posición semejante; cada día trae consigo nueva cantidad de trabajo, y uno se acuesta bien entrada la noche sin haber terminado lo que esperaba hacer durante la jornada, corriendo después, á la siguiente mañana, á continuar la faena interrumpida. La vida se va así pasando, y no queda tiempo para pensar, para considerar la dirección que toma la existencia; tal me pasaba á mí.

Pero ahora, durante mi viaje por Finlandia, tenía el tiempo que antes me faltara á mi disposición; cuando cruzaba en mi carro finlandés de dos ruedas (*karria*) una llanura que ningún interés ofrecía al geólogo,

ó cuando caminaba, con el martillo al hombro, de una cueva de arena á otra, podía pensar; y en medio del indudablemente interesante trabajo geológico que traía entre manos, una idea que me atraía con mucha más fuerza aún que la geología, se elaboraba con persistencia en mi imaginación.

Vi la inmensa cantidad de trabajo que el campesino finlandés emplea en roturar la tierra y en romper el barro endurecido, y me dije á mí mismo: « escribiré la geografía física de esta parte de Rusia, y le diré al agricultor el mejor modo de cultivar el suelo. Aquí, un extractor de raíces americano sería de gran valor; allí la ciencia indicaría los sistemas más adecuados de abonos... ¿Pero de qué serviría hablarle de las máquinas americanas, cuando apenas tiene lo indispensable para poder vivir de una cosecha á otra, cuando la renta que tiene que pagar por ese barro duro crece cada vez más, en proporción á las mejoras que introduce en el terreno? Teniendo que roer sus tortas de harina de centeno, duras como la piedra, que cuece dos veces al año, comiendo con ellas un pedazo de bacalao horriblemente salado y bebiendo un trago de leche desnatada, ¿cómo me he de atrever á mencionarle tales máquinas, cuando todo lo que puede reunir apenas basta para pagar renta é impuestos? El necesita que yo viva en su compañía, que le ayude á que sea el dueño ó el libre poseedor de la tierra que ocupa; entonces podrá leer libros con provecho, pero no ahora ».

Y mis pensamientos vagaban entre los campesinos de Finlandia y los de Nikolskoye, á quienes había visto últimamente. Ahora son libres, lo que les place grandemente; pero no tienen prados. De un modo ó de otro, los grandes terratenientes se han apoderado de todos. En mi infancia, los Savokins acostumbraban á echar al campo seis caballos á pastar durante la noche; los Talkachoffs tenían siete. Ahora esas familias no tienen más que tres cada una; y otras que antes disponían de esta cantidad, sólo cuentan con uno. ¿Qué puede hacerse sólo con un miserable caballo? ¡Sin prados no hay caballos ni abonos! ¿Cómo he de hablarles de sembrar hierba, estando ya arruinados — tan pobres como Lázaro — y aguardando dentro de algunos años serlo aún más, á causa de disparatadas contribuciones? ¡Qué felices eran cuando les dije que mi padre les daba permiso para segarla en el pequeño espacio abierto que había en su bosque de Kostins! « Vuestros campesinos de Nikolskoye son *feroces* para el trabajo », es lo que comúnmente se oía decir en nuestra vecindad; pero la tierra de pan sembrar que mi madrastra había tomado de sus terrenos, en virtud de la « ley mínima » — esa cláusula diabólica introducida por los dueños de siervos cuando se les permitió revisar la ley de emancipación —, está ahora cubierta de monte bajo, no permitiéndose á los « feroces » trabajadores cultivarla. Y otro tanto sucede en toda Rusia; aún en aquella época era evidente, y los comisionados oficiales lo previnieron de antemano, que la primera cosecha que se perdiera en la Rusia central daría por resultado un hambre terrible, y ella vino en 1876, en 1884, en 1891, en 1895 y también en 1898.

La ciencia es una cosa excelente; conocí sus goces y pude apreciarlos, tal vez más que la mayoría de mis colegas; aun ahora, mientras contemplaba los lagos y cerros de Finlandia, nuevas y hermosas

generalizaciones se levantaban ante mis ojos. Vi en un pasado bien remoto, en la aurora misma del género humano, al hielo acumulándose año tras año en los archipiélagos del Norte, sobre Escandinava y Finlandia. Un crecimiento inmenso de aquél invadió el Norte de Europa, extendiéndose lentamente hasta llegar á su parte media; la vida se extinguía en esa zona del hemisferio Norte, y extremadamente pobre y vacilante, huyó más y más hacia el Sur, ante el soplo helado que venía de esas masas inmensas solidificadas por el frío; y el hombre — miserable, débil é ignorante — tenía que luchar con todo género de dificultades para mantener una precaria existencia. Muchos siglos pasaron antes que empezara el deshielo, y con él vino el período lacustre, en que se formaron en las cavidades innumerables lagos, y una raquílica vegetación subpolar comenzó tímidamente á invadir los insondables terrenos pantanosos que á aquéllos rodeaban; otra serie de siglos transcurrió antes de que se iniciara un proceso extremadamente lento de desecación y la vegetación empezara su pausada invasión desde el Sur; hallándonos en la actualidad en un período de rápida desecación, acompañado de la formación de secas praderas y estepas, teniendo el hombre que buscar los medios de contrarrestarla, pues el Asia central ha sido ya la primera víctima de una calamidad que amenaza á la Europa del Mediodía.

La creencia en una capa de hielo que alcanzase hasta la Europa central, era en aquel tiempo una verdadera herejía; pero como ante mi vista se destacaba un cuadro sorprendente, yo necesitaba describirlo con los miles de detalles que en él observé, para que sirviera de clave á la presente distribución de flores y faunas, abriendo nuevos horizontes á la geología y geografía física.

¿Pero qué derecho tenía yo á estos goces de un orden elevado, cuando todo lo que me rodeaba no era más que miseria y lucha por un triste bocado de pan, cuando por poco que fuese lo que yo gastase para poder vivir en ese mundo de agradables emociones, había por necesidad de quitarse de la boca misma de los que cultivan el trigo y no tienen suficiente pan para sus hijos? De la boca de alguien ha de tomarse forzosamente, puesto que la agregada producción de la humanidad permanece aún tan limitada.

La ciencia es una fuerza inmensa; el hombre debe ilustrarse. ¡Mucho sabemos ya! ¿Pero qué sucedería si, aunque no fuera más que ese conocimiento, viniera á ser de la posesión de todos? ¿No progresaría la ciencia misma con tal ímpetu, haciendo que la humanidad avanzara tanto en la producción, inventos y creaciones sociales, que hasta casi imposible nos fuera ahora medir la rapidez de tal carrera?

Las masas necesitan instruirse; tienen voluntad para aprender y no les falta capacidad. Allí, en la cresta de ese inmenso promontorio que se extiende entre los lagos, como si unos gigantes lo hubieran formado precipitadamente para enlazar ambas orillas, se halla un campesino finlandés, sumido en la contemplación de los hermosos lagos sembrados de islas que se presentan ante él; ninguno de estos aldeanos, por pobre y desgraciado que sea, pasará por este lugar sin detenerse á admirar la escena. O bien allá, á la orilla de un lago, se encontrará á otro agricultor cantando algo tan dulce y armonioso, que el mejor de

los músicos le envidiaría su balada, á causa de su delicadeza y su fuerza meditativa; ambos sienten intensamente, ambos meditan, ambos piensan; dispuestos están á ensanchar sus conocimientos; sólo necesitan que se los proporcionen, que les den los medios de disponer de algún descanso.

En semejante dirección es en la que pienso ir, y esta es la clase de gente por la que tengo de trabajar. Todas esas frases sonoras sobre el progreso que hace la humanidad, mientras que, al mismo tiempo, los encargados de realizarlo permanecen alejados de aquellos á quienes pretenden mejorar, son meros sofismas, forjados por imaginaciones deseosas de librarse de una irritante contradicción.

Por eso contesté negativamente á la Sociedad Geográfica.

IV.

San Petersburgo ha cambiado mucho de lo que era cuando lo dejé en 1862. « Oh, sí, conocisteis el San Petersburgo de Chernyshéusky », me decía una vez el poeta Máikoff; es verdad, conocí á la ciudad de que aquél era el favorito; ¿pero cómo describiré á la que encontré á mi regreso? Tal vez como la capital de los *cafés chantants* y de las salas de conciertos, si las palabras « todo San Petersburgo » han de significar realmente los altos círculos de la sociedad que siguen la norma de la corte.

En ésta y aquéllos, las ideas liberales se hallaban en un descrédito espantoso; todos los hombres prominentes del 60, aunque fueran tan moderados como el conde Nicolás Muravioff y Nicolás Milútin, eran tratados como sospechosos; sólo á Dmitri Milútin, el ministro de la Guerra, había conservado Alejandro II en su puesto, porque la reforma que tenía que llevar á cabo en el ejército necesitaba muchos años para su realización. Todos los demás hombres activos del período revolucionario habían sido barridos por la reacción.

Una vez hablé con un alto funcionario del ministerio de Estado; él criticaba con viveza á otro de igual categoría, y como yo dijera en defensa de éste: « Sin embargo, esto, al menos, hay que decir en su favor, que nunca aceptó ningún cargo bajo Nicolás I ». « ¡Y ahora sirve á las órdenes de Shuvaloff! », fué la respuesta, la cual, tan admirablemente pintaba la situación, que nada tuve que agregar.

El general Shuváloff, jefe de la policía de Estado, y el general Trépoff, jefe de la de San Petersburgo, eran en realidad los verdaderos gobernantes de Rusia; Alejandro II no era más que su instrumento, su juguete, y ellos dominaban por el terror. Trépoff había atemorizado hasta tal punto á Alejandro con el espectro de la revolución que debía estallar en San Petersburgo, que si el omnipotente jefe de policía se retrasaba algunos minutos en venir á dar su parte diario á palacio, el emperador solía preguntar en el acto: « ¿Ocurre algo en la capital? »

Poco después de haber Alejandro « despedido definitivamente » á la princesa X, contrajo estrecha amistad con el general Fleury, el aide-de-camp de Napoleón III, aquel hombre siniestro que fué el alma del *coup d'état* del 2 de Diciembre de 1851; siempre se les veía juntos, y Fleury informó en una ocasión á los parisienses del gran honor de que

era objeto por parte del zar de Rusia. Yendo el último en carruaje por el Neusky Prospekt, vió al otro y le invitó á montar en su vehículo, que era un *égoïste*, que no tenía más que un asiento de doce pulgadas de ancho para una sola persona, y el general francés refería más tarde, de qué modo el zar y él, comprimidos el uno contra el otro, tenían que llevar la mitad del cuerpo en el aire, á causa de lo reducido de aquél. Basta nombrar á este nuevo amigo, recién venido de Compiègne, para dar idea de lo que esa amistad significaba.

Shuváloff sacaba todo el mayor partido posible del actual estado de ánimo de su señor; preparaba una medida reaccionaria tras otra, y cuando Alejandro manifestaba repugnancia á firmar alguna de ellas, aquél hablaba de la revolución que se acercaba y de la suerte que cupo á Luis XVI, implorándole, « por la salvación de la dinastía », que firmara las nuevas adiciones á las leyes de represión. A causa de todo eso, la tristeza y los remordimientos se apoderaban de tiempo en tiempo de Alejandro; cuando esto sucedía, se le veía caer en profunda melancolía y hablar con tristeza de lo brillante que fué el principio de su reinado, y del carácter reaccionario que iba tomando. En tales momentos, Shuváloff organizaba una cacería de osos; tiradores, alegres cortesanos y carruajes llenos de muchachas de la servidumbre de palacio, iban á la floresta de Novgorod; Alejandro, que era buen tirador, mataba un par de osos, dejando que los animales llegaran á pocos metros de su rifle, y allí, en medio de la excitación de la fiesta cinegética, obtenía Shuváloff la firma de su señor para cualquier proyecto de represión, ó de robo en favor de sus clientes, tramado por él.

Alejandro II no era ciertamente un hombre adocenado; pero dos personalidades distintas moraban en él, ambas fuertemente desarrolladas y luchando una contra otra; y este combate interno se fué haciendo cada vez más vivo con los años. Podía ser de un trato exquisito, y un momento después conducirse de un modo brutal; poseía un valor frío y razonado en presencia de un verdadero peligro, pero vivía en un temor constante de otros que sólo existían en su imaginación. No era ciertamente cobarde, y esperaba al oso frente á frente; en una ocasión, cuando el animal no había sido muerto del primer disparo y el hombre que se hallaba á su espalda con una lanza, al adelantarse, fué derribado por el oso, acudió el zar en su auxilio, matándolo casi á boca de jarro (supe esto por el mismo interesado), y, sin embargo, se vió toda su vida perseguido por temores engendrados en su mente y por la intranquilidad de su conciencia. Era de maneras afables para con sus amigos; pero esta bondad se hallaba contrabalanceada por una fría y terrible crueldad — análoga á la del siglo xvii —, de la que hizo gala al sofocar la insurrección polaca, y más tarde, en el 80, cuando se tomaron idénticas medidas para dominar el levantamiento de la juventud rusa; crueldad de la que nadie le hubiera creído capaz. Vivía, pues, una doble existencia, y en el período de que hablo firmaba sin dificultad los decretos más reaccionarios y después se arrepentía de haberlo hecho. Hacía el fin de sus días, esta lucha interna, como se verá más adelante, se hizo más activa aún, asumiendo un carácter poco menos que trágico.

En 1872, Shuváloff fué nombrado para la embajada de Inglaterra; pero su amigo el general Potápoft, continuó la misma política hasta